



TANIA IZÉBEL RODRÍGUEZ

Tania nació un mes de marzo en la Ciudad de México y vivió su infancia en el puerto de Acapulco Guerrero. Se graduó de la Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional como médico general y posteriormente realizó la especialidad en

Medicina Interna en la ciudad de León, Guanajuato, donde reside actualmente.

El deseo de la escritura lo concibió desde niña. Considera el leer una de sus grandes pasiones y el escribir su verdadera libertad, por lo que recientemente ha decidido participar en certámenes literarios. Uno de sus cuentos fue publicado en la *Segunda antología de escritoras mexicanas* presentado en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en 2019. Esta es la segunda ocasión en que puede dar a conocer una de sus historias.

Su autor favorito es Fernando Vallejo: «Su prosa llena de imprecaciones desvela la realidad de los seres humanos y el mundo de una manera exquisita y única, el placer de leer a Vallejo es el más grande obsequio que me han brindado las letras».

IRA

I

Mariana ha despertado en un cuarto oscuro que huele a mierda y orines. Sus manos y sus pies están atados con una cuerda áspera y gruesa. La cabeza le duele bastante, por lo que aún tarda algunos segundos en recordar todo; no obstante, una vez que logra esclarecer su consciencia, comprende que debe gritar con las fuerzas que le quedan pidiendo ayuda. Está aterrada deglutiendo las lágrimas y los restos de un hilo de sangre que descienden hasta sus labios. Repentinamente escucha una voz y unos pasos que se acercan: sus ojos se desorbitan y su corazón late a toda prisa. *¡No es posible que esto le esté sucediendo a ella!* Había leído tantas veces acerca de esta misma historia en los periódicos o en las redes, que su alma se partía al imaginar cómo reaccionaría ella ante una desgracia similar. Ahora está ahí, en el centro de la desgracia y en el clímax de la injusticia.

Horas antes, Mariana era muy feliz; después de tantos infortunios lo merecía. Madre de tres pequeños, el mayor de diez y el menor de cuatro, a sus treinta años, tres años antes, había quedado sorprendentemente viuda: su marido había fallecido en un accidente automovilístico en carretera, cuestión que la derrumbó por un tiempo. Pero tenía que sacar a flote a sus hijos, quienes también sufrían el duelo, así que se rehízo y continuó adelante, en casi todo, ya que, durante los siguientes tres años solo podría tener una cita, pues no se juzgaba lista para sentir de nuevo aquel cosquilleo en el estómago tan propio del amor, lo que la llevó a que su rutina se resumiera en impartir clases en una escuela primaria y en volcarse a su familia. Esto cambiaría solo durante los últimos seis meses, cuando un nuevo y joven profesor de Educación Física llegó a la escuela. En ese momento, comenzaron las